

Para Isabel

Antonio Tabucchi

Para Isabel

Un mandala

Traducción de Carlos Gumpert



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Per Isabel. Un mandala

© Giangiacomo Feltrinelli Editore
Milán, 2013

Ilustración: © Alicia Savage

Primera edición: noviembre 2014

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Carlos Gumpert, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7906-3

Depósito Legal: B. 21289-2014

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

Este libro, en la hipótesis del mandala, debería estar dedicado a una mujer en el círculo de la Evocación. Pero en la hipótesis terrestre está dedicado a mi amiga Tecs, que en realidad no se llama así, aunque así la llame yo.

Y con ella a Sergio, viejo amigo.

Quién sabe, quizá los muertos tengan otras usanzas.

SÓFOCLES, *Antígona*

JUSTIFICACIÓN EN FORMA DE NOTA

Obsesiones privadas, pesarosas añoranzas personales que el tiempo corroe pero no transforma, igual que el agua de un río alisa sus guijarros, fantasías incongruentes e inadecuación a lo real son los principales motores de este libro. Pero no podría negar que en él ha influido el haber visto a un monje vestido de rojo que, en una noche de verano, dibujaba para mí, con sus polvillos colorados, sobre la desnuda piedra, un mandala de la Conciencia. Y el haber tenido ocasión de leer, aquella misma noche, un breve escrito de Hölderlin que hacía un mes que llevaba en la maleta sin hallar nunca tiempo para leerlo. Las palabras de Hölderlin, que subrayé aquella noche, antes de que la luna completara su última fase, son éstas: «La trágicamente mesurada fatiga del tiempo, cuyo objeto, sin embargo, no interesa propiamente al corazón, sigue con la mayor desmesura al arrebatador espíritu del tiempo, y éste aparece entonces ferozmente, no de modo que guarde respeto a los hombres, como un espíritu en el día, sino que

carece de miramientos, como espíritu de la siempre viviente ferocidad no escrita y del mundo de los muertos.»

Podrá parecer curioso que un escritor, pasados los cincuenta años y después de haber publicado tantos libros, sienta aún la necesidad de justificar las aventuras de su escritura. Me parece curioso a mí también. Es probable que no haya resuelto todavía el dilema de si se trata de un sentimiento de culpa en relación con el mundo o, más sencillamente, de una fallida elaboración del luto. Como es natural, hay otras eventuales hipótesis aceptables. Quiero subrayar que, en aquella noche de verano, tuve ocasión de volar a Nápoles con la fantasía, porque en aquel cielo lejano lucía una luna llena. Y era una luna roja.

A.T.

1. Primer círculo. Mónica. Lisboa.
Evocación

No había estado nunca en el Tavares en toda mi vida. El Tavares es el restaurante más lujoso de Lisboa, en él hay espejos de estuco dorado y sillas de terciopelo, se come cocina internacional aunque también la típica cocina portuguesa, preparada sin embargo con delicadeza, por ejemplo, tú pides cerdo con almejas, como se hace en Alentejo, y ellos te lo cocinan como si fuera un plato parisino, o por lo menos eso me habían dicho. Pero no había estado nunca allí, tan sólo había oído hablar de él. Tomé un autobús hasta Intendente. La plaza estaba llena de putas y de chulos. La tarde tocaba a su fin, yo llegaba con antelación. Entré en un viejo café que conocía, un café con billares, y me puse a mirar el juego. Había un viejecillo al que le faltaba una pierna que jugaba apoyado en una muleta, tenía los ojos claros y el pelo crespo y blanco, derribaba palillos como si se bebiera un vaso de agua, limpió a todos los presentes y luego se sentó en una silla y se dio un golpecillo en el vientre como si se dispusiera a digerir.

¿Amigo, te va una partida?, me preguntó. No, contesté yo, contigo perdería sin duda alguna, si te apetece podemos jugarnos un vasito de Oporto, me hace falta un aperitivo, pero, si lo prefieres, te invito con mucho gusto. Él me miró y sonrió. Tienes un acento raro, añadió, ¿eres extranjero? Un poco, contesté. ¿De dónde vienes?, preguntó. De los alrededores de Sirio, dije yo. No conozco esa ciudad, replicó él, ¿a qué país pertenece? Al Can Mayor, dije yo. Bah, dijo él, con todos los países nuevos que hay ahora en el mundo. Se rascó la espalda con el taco del billar. ¿Y cómo te llamas?, preguntó. Me llamo Waclaw, contesté, pero ése no es más que mi nombre de bautismo, para los amigos soy Tadeus. Él relajó su gesto de desconfianza y exhibió una ancha sonrisa. Así que estás bautizado, dijo, de modo que eres cristiano, entonces soy yo quien te invita a beber algo, ¿qué tomas? Dije que me tomaría un Oporto blanco y él llamó al camarero. Ya me he dado cuenta de qué es lo que te hace falta, continuó el hombrecillo, te hace falta una mujer, una guapa mujer africana de dieciocho años, te costará poco, es casi virgen, llegó ayer de Cabo Verde. No, gracias, dije yo, voy a tener que irme enseguida, intentaré encontrar un taxi, esta noche tengo una cita importante, no tengo tiempo para chicas en estos momentos. Él me miró con aire perplejo. Hum, dijo, pero, entonces, ¿qué andas buscando por aquí? Yo encendí un cigarrillo y permanecí en silencio. Yo también estoy buscando a una mujer, dije

luego, y voy preguntando por ella, me he parado aquí por casualidad, para matar el tiempo, porque tengo una cita con una señora que puede darme cierta información y quiero oír lo que me cuenta, y, por cierto, ya es hora de que me vaya, hay un taxi libre en la parada, tengo que darme prisa.

Espera un momento, dijo él, ¿para qué buscas a esa mujer?, ¿la echas de menos? Tal vez, contesté yo, digamos que he perdido su rastro y que he venido a propósito desde el Can Mayor para buscarla, quisiera saber algo más, por esa razón tengo un cita. ¿Y dónde tienes esa cita?, me preguntó él. En el restaurante más elegante de Lisboa, contesté, un lugar de espejos y de cristales, no he estado nunca allí, creo que costará bastante, pero, total, no soy yo el que paga, qué quieres, amigo, estoy aquí de permiso y llevo poca calderilla encima, me conviene aceptar las invitaciones. ¿Es un lugar fascista?, preguntó el viejecillo. No sabría decírtelo, contesté, francamente nunca se me había ocurrido pensar en el asunto en esos términos.

Me levanté deprisa, despidiéndome, y me marché. El taxi seguía parado en el mismo sitio. Entré en el vehículo y dije: Buenas noches, al Tavares, por favor.

Nos conocimos en el internado de las Escravas do Amor Divino de Lisboa. Teníamos diecisiete años. Isabel era un mito para toda la clase, porque provenía

del Liceo Francés. Verá, el Liceo Francés, en aquella época, era un lugar de resistencia, allí daban clase todos los profesores que no encontraban acomodo en los institutos estatales por sus ideas antifascistas, e ir al Liceo Francés significaba conocer el mundo, hacer viajes de estudio a París, estar en conexión con Europa. Nosotros, en cambio, veníamos del instituto estatal, una mierda, disculpe la palabra, donde se estudiaba la constitución corporativa salazarista y los ríos de Portugal, y se dividía en estúpidos pedazos el poema nacional, *Los Lusíadas*, que es un hermoso poema de mar, pero que venía estudiado como si fuera una batalla africana. Porque por aquel entonces teníamos colonias. Pero no se llamaban colonias, se llamaban Ultramar. Bonito nombre, ¿verdad? Y había gente que se había enriquecido con el Ultramar, debo decir que era normal en las familias de las chicas que acudían al internado, todos aguerridos salazaristas, y fascistas de los de verdad, aunque nuestros padres no, me refiero a los míos y a los de Isabel, tal vez fuera por eso también por lo que nos hicimos amigas, por esa identidad común de nuestras familias.

La suya era una vieja familia de la nobleza portuguesa, con el salazarismo no tenían nada que ver, era una familia en decadencia que tenía propiedades en el Norte, en Amarante, donde hacen pan de las formas más extrañas, pero como le acabo de decir era una familia sin dinero y sin poder, las propiedades

del Norte estaban todas arrendadas a aparceros o a quinteros y no producían nada. Menudas vacaciones de verano pasamos, Isabel y yo, en su casa de Amarante. No era una casa, era una torre medieval de granito llena de antiguallas y de cómodas que daba al río, y nosotras éramos felices. Qué hermosos eran los veranos, entonces. Isabel llevaba un gran sombrero de paja. El óvalo de su cara quedaba de lo más gracioso con aquel extravagante sombrero que alguno de sus familiares le había traído de un viaje a la Toscana. Y además pintaba. Estaba convencida de que llegaría a ser una gran pintora y pintaba ventanas. Ventanas con las hojas cerradas, ventanas con las hojas abiertas, ventanas con cortinas, ventanas con rejas, pero siempre ventanas como las que hay en el Duero o en el Miño, con esos preciosos postigos de tablones y a veces visillos de lino. Pero no ponía nunca figuras humanas, los personajes estropean el misterio, decía, verás, yo pinto esta ventana que resulta de lo más misteriosa cuando no hay nadie, pero si pintase a alguien asomándose el misterio se acabaría enseguida, es el veterinario de Amarante, lleva perilla y una redcilla en la cabeza para que no se le revuelva el pelo mientras duerme, se pasa la vida haciendo flexiones al lado de la ventana, sabes que ayer, mientras estaba pintando su ventana, se asomó y se quedó de lo más estirado apoyado en el alféizar, haciendo como que no me veía aunque me veía perfectamente, sólo que tenía los ojos en el cielo con

aires de inspiración, evidentemente estaba orgulloso de entrar en mi cuadro, pero yo se la juego y no le meto.

Y luego salíamos a pasear. El río, justo a las afueras de Amarante, forma ensenadas donde el agua se estanca y allí se crían las ranas. Nos pasábamos mañanas enteras pescando ranas, aunque en Portugal no se pescan las ranas, porque no se comen, y nosotros habíamos pergeñado un sistema parecido al que usan los chiquillos para cazar lagartijas. Cogíamos un junco fresco, hacíamos un nudo corredizo y luego acercábamos el anillo a la cabeza de la rana, y cuando se movía para dar el salto, zas, la atrapábamos. Por aquel entonces aún no había bolsas de plástico y nosotras llevábamos una pequeña bolsa de redecilla, de las que se usan para hacer la compra, de modo que las ranas sacaban la cabeza por la malla y era todo un espectáculo vernos pasar por Amarante, yo con pantalones e Isabel con su sombrero de paja de Florencia, llevando una bolsa repleta de ranas. La gente pensaba que estábamos chifladas, y eso a nosotras nos gustaba, porque a esas edades gustan cosas como ésas.

Por la noche matábamos a las ranas, aunque ese cometido me tocaba a mí, porque Isabel se negaba. A las ranas hay que cortarles la cabeza con un golpe decidido de cuchillo, y durante unos minutos siguen pataleando así, decapitadas, hasta que la energía vital se detiene. Ves, decía Isabel, si algún día me mato creo que lo haré exactamente así, daré unas patadas

en el aire, porque a una persona no se le puede cortar la cabeza, pero siempre se la puede ahorcar, que es una cosa parecida, se dan cuatro patadas en el vacío y luego buenas noches a todos. Las ranas las cocinábamos a la provenzal, que era como le gustaban a Isabel, porque había estado en Francia con el Liceo Francés, en Arles, y había probado las ranas a la provenzal, con ajo y perejil, y decía que era el plato más rico del mundo. Pero al final no tardamos en cansarnos de comer ranas a la provenzal. Aquellos muslitos inquietantes, tan blancos y tan delicados, casi insípidos, mientras la familia comía cabrito asado y *sopa seca*. Y a esas edades suele tenerse buen apetito. Claro, es fácil mitificar la comida exótica que uno ha probado en la Provenza, pero luego te entra el hambre. Y así empezamos a dejar libres a las ranas por el jardín, y el jardín se llenó, las había por todas partes, en la hierba, en los matorrales, en el estanque de los peces rojos, entre las matas de bambúes.

Por suerte, los padres de Isabel eran personas con sentido del humor, no se preocupaban por aquella invasión, se mostraban siempre alegres, disponibles, comprensivos. Luego murieron en un accidente de coche, pero ésa es otra historia, mejor dicho, la misma historia. Los viernes íbamos a Barcelos, donde se celebraba el mejor mercado de toda la región. Tal vez no pueda usted imaginarse lo estupendos que eran los mercados por aquel entonces, en provincias. O tal vez pueda imaginárselo. Cogíamos un autobús por

la mañana temprano que nos llevaba hasta Braga, y desde allí otro autobús a Barcelos. Llegábamos hacia mediodía. Apenas nos daba tiempo para deambular un poco entre las terracotas, sabe, en Barcelos hacen esos gallos colorados de terracota que son el símbolo de Portugal y un montón de otros pequeños objetos de cerámica, muñecotes, figurillas populares, pesebres, bandas musicales, gatos, jarras y platitos, y luego nos íbamos a comer.

Elegíamos siempre tabernas populares, abarrotadas de parroquianos y de vendedores del mercado. Viejecillos y viejecillas que venían de todo el Miño, unos para buscar una gallina, otros para comprar un pato o una vaca, las personas más pintorescas eran los intermediarios, llevaban pañuelos al cuello y bebían vino verde, era gente estupenda, que se comportaba en la mesa igual que si estuviera en el mercado, gritaban, agitaban los brazos, sudaban. Hacía calor, en Barcelos, y en la taberna se mezclaban los olores de las comidas y el hedor de los animales en la plaza, todo era bonito y nuevo para Isabel y para mí, que nos pasábamos todo el año en una ciudad como Lisboa, y nos sentíamos excitadas, fascinadas por los intermediarios, queríamos comprar algo nosotras también, y un día compramos un cabrito. Era un animalito de lo más tierno, blanco y negro, con un hocico jaspeado y las patas frágiles, nos lo llevamos a casa en autobús metido en una cesta y durante unos días le dimos leche con el biberón, porque no estaba

destetado aún. Lo instalamos en el jardín, le hicimos una cabaña de hojas y por la mañana, cuando íbamos de compras por Amarante, nos lo llevábamos con nosotras de la correa. No me demoraré describiéndole cómo nos miraban en aquella pequeña ciudad, yo en pantalones e Isabel con el sombrero de paja de Florencia, ya no llevábamos una bolsa con ranas sino un cabrito de la correa, y por si fuera poco Isabel se empeñaba en comprar en la panadería el pan en forma de órgano viril como lo hacen en Amarante, sólo que ese pan lo compran las criadas para hacer canapés, en cambio nosotras lo comprábamos adrede para que nos vieran y llevábamos la redcilla llena, era un escándalo, todos nos miraban, hasta el veterinario con la manía de la gimnasia dejó de asomarse a la ventana. En resumen, que nos lo pasábamos de miedo.

Y luego los veranos se terminaron. Se terminaron porque nos vimos en la universidad. O, mejor dicho, porque a Isabel se le murieron sus padres. Murieron, como ya le he dicho, en un accidente de coche. En la carretera de Póvoa de Varzim después de comer, después de que el padre de Isabel hubiera comido y bebido mucho. No se supo de quién fue la culpa, porque fue un choque frontal. Pero creo que el padre de Isabel había bebido en exceso, porque le gustaba beber, yo lo conocía. No murieron de inmediato. Estuvieron en coma tres días y luego murieron a la vez, su mujer y él. Es curioso, ¿verdad?, entrar juntos en coma y luego morir al mismo tiempo porque ya

no hay nada más que hacer, el corazón deja de latir y en ese momento los doctores retiran los tubos. Pero fue así como ocurrió.

Isabel y yo nos pasamos tres días y tres noches en el hospital de Oporto, en la unidad de cuidados intensivos. Dormíamos en una salita lateral, con la complicidad de una enfermera, y de vez en cuando entrábamos en las habitaciones de los pacientes. Papá, papá, soy yo, decía Isabel, mamá, ¿me oyes?, ¿te acuerdas de las ranas que llevábamos a la casa de Amarante mi amiga Mónica y yo, mira, queremos volver a llevarlas el próximo verano, venga, mamá, despiértate, sal de este coma de mierda, quiero que me sonrías, que me des consejos respecto a la ropa como antes, que me regañes otra vez *parce que je ne suis pas parfaite* como tú querías, eso es lo que me hace falta, mamá.

Pero su madre no volvió a regañarla ni tampoco su padre. Murieron a la vez, como ya le he dicho, justo a la misma ahora, y nosotros organizamos el funeral. Isabel quiso que los enterraran en un pequeño cementerio cerca de Amarante, en el campo, en un pueblecito, en la misma capilla. Cuando celebramos al funeral era un bonito día de octubre y lucía un sol cálido. Isabel iba vestida de azul oscuro, yo en cambio me había puesto un vestido beis, que me hacía parecer mayor que ella. Has visto, me dijo Isabel mientras regresábamos del cementerio, se han ido, sabes, Mónica, se han acabado los veranos con las

ranas, los almuerzos en Barcelos, se ha acabado la infancia, ellos ya no están, soy huérfana, y tú también eres un poco huérfana, creo. En efecto, yo también me sentía un poco huérfana. Porque los padres de Isabel eran unos padres de verdad, lo que los míos nunca habían sido. Mi padre siempre estaba de viaje para la Mercedes-Benz, o por negocios, como se decía en casa, y mi madre tenía sus amigas y sus compromisos. Y así me quedé un poco huérfana. Las excursiones al río, la vieja casa de Amarante, los veranos de ensueño: todo acabado.

Volvíamos a vernos en la universidad, pero ya no era como antes. Yo me había matriculado en Filología Clásica, lo que equivalía, en la división ideológica que imperaba entonces en la Universidad de Lisboa, a una elección conservadora. Y, de hecho, los estudiantes de clásicas no se movían en absoluto, no celebraban asambleas nunca, ni siquiera aparecían por el comedor universitario, que era el lugar en el que más se discutía. Isabel se matriculó en Lenguas Modernas, y allí sí que había vida. Un profesor daba un curso sobre Camus y el existencialismo, otro daba un curso sobre el surrealismo en Portugal, y vinieron incluso a leer textos suyos algunos poetas del glorioso movimiento, ahora ya no me acuerdo de quiénes eran, pero se trataba de poetas muy notorios, fue un triunfo, el aula magna estaba repleta, me acuerdo de Isabel, que se había convertido en una líder y que presentó a los poetas ante los estudiantes, había in-

cluso chicos sentados en el suelo, y no es que aquellos poetas hablaran directamente contra el fascismo, eso era imposible, pero sus poesías eran anticonformistas y, en cierto modo, revolucionarias, revolucionarias entre comillas, porque en aquella época todo estaba entre comillas.

Isabel se presentó en el escenario con una bufanda rosa, también aquello era una señal, en aquella época el rojo no podía usarse, se usaban colores afines, pero también aquello era una señal. Me pareció extraño volver a ver a Isabel en el escenario de aquella asamblea, hablaba con soltura, acaso con una ligera inflexión de nerviosismo en la voz, leyó las notas biográficas de los poetas y dijo: dos poetas libres que nos honran, porque la poesía libre está hoy proscrita. En aquel momento estalló un fragoroso aplauso, uno de los poetas se puso de pie y leyó un poema surrealista en el que se mofaba de los valores burgueses, y la asamblea pareció enloquecer, luego subió el otro poeta y leyó un homenaje a García Lorca, salvajemente asesinado por los fascistas, hoy puede hacernos gracia, pero en aquella época una cosa así era un gran acontecimiento político, tal vez lo sepa usted mejor que yo, Portugal era un país que daba la espalda a Europa y al que Europa daba la espalda, estábamos encerrados en un callejón sin salida, una especie de convento enmohecido cuyo sacristán era António de Oliveira Salazar. Y todo se desarrollaba como en un convento: convenciones, costumbres, rituales, reunio-

nes entre chicos en casa de alguien, fiestecillas quedas y melancólicas.

Algunas veces, Isabel organizaba en su casa una velada de *fado castiço*, quiero decir de fado noble, como usted sabe, ésa era otra de las contradicciones de Isabel, asambleas con revolucionarios en la universidad y fado noble en su casa, pero a mí me gustaban aquellas veladas, alguna vez acudía, me acuerdo de que en una ocasión participó Maria Teresa de Noronha, que para nosotros era un mito, provenía de la vieja nobleza, cantaba fados antiguos con voz orgullosa, Isabel encendía las velas de un candelabro colocado sobre la mesa del salón, para todos había una botella de Oporto, escuchábamos con contrición las palabras de la cantante, la gran fadista llevaba un chal sobre los hombros, venerada por todos en torno a las velas y al vino de Oporto. Estábamos celebrando un rito y todos éramos conscientes, entre tanto el mundo discurría, el mundo de allá afuera, pero en aquellas reuniones de Isabel nadie parecía darse cuenta.

Isabel llevaba jersiecitos de punto color malva que le tejía su tata, que se había quedado a vivir con ella, era una anciana señora que le hizo de nodriza de niña, fue ella quien ocupó el lugar de sus padres, era originaria de la Beira Baixa, hablaba todavía con un fuerte acento provinciano, aunque llevara muchos años viviendo en Lisboa, es ella la que lo sabe todo sobre Isabel, estuvo a su lado en los años más difíciles, era

auténtica abnegación la suya, pero tal vez esté divagando, ¿estoy divagando? Bueno, tampoco importa mucho, en todo caso, puede usted ir a hablar con la tata, no es que yo sepa muchas más cosas sobre Isabel, a partir de cierto momento todo lo que sé es sólo de oídas. Se hablaba de aquella historia de amor, pero se lo repito, yo a Isabel prácticamente la había perdido de vista.

Tengo la impresión de que aquella historia fue su perdición, fue allí donde empezó todo, quiero decir que empezó su final. Pero hablo sólo de oídas. Parece ser que había conocido a un chico extranjero en la universidad, ahora no sé de qué nacionalidad era, me parece que era andaluz, pero lo único seguro que sé es que tenía una beca de estudios. Yo los vi alguna vez juntos, porque eran inseparables, ahora que lo pienso era español, seguro, no me acuerdo de nada más, han pasados muchos años. Una vez cenamos juntos en Toni dos Bifes, que era un pequeño mesón cerca del Saldanha donde todo costaba poco o nada, la cocina era modesta pero abundante, e Isabel y su chico eran clientes fijos. Me acuerdo bien de aquella velada. Isabel se sentía muy excitada porque en una mesa cercana estaba un escritor importante con toda la redacción de la revista *Almanaque*. A menudo la revista se reunía allí, en Toni dos Bifes. Por aquel entonces, aquella revista era un mito, porque se burlaba de todo y de todos, de la patria y de las instituciones, de los burgueses, de las tradiciones y de los

descubrimientos marítimos de los que tanto se ufana Portugal, era una revista temeraria que hacía mella entre los jóvenes y entre los anticonformistas, e Isabel era joven y quería ser anticonformista. Después el escritor vio al extranjero y lo saludó, mejor dicho, se levantó y vino a nuestra mesa. Nos tendió la mano con aire cordial. Era bajo y robusto, con aspecto de campesino, a simple vista nunca hubieras dicho que era el escritor refinado que era, pero los escritores siempre son así, engañan. Nosotros nos estábamos comiendo un filete de carne con un huevo encima, que era el plato más económico del mesón, y el escritor nos preguntó si queríamos unirnos a su mesa. De modo que nos llevamos nuestros platos, pero la redacción de *Almanaque* nos invitó a una bandeja de arroz con pato, diciendo que los jóvenes tienen que alimentarse.

Luego el escritor y el extranjero se pusieron a hablar de Vittorini y del neorrealismo italiano, Isabel decía algo de vez en cuando, había leído *Hombres y no* y admiraba la resistencia italiana, sí, me acuerdo bien, el chico de Isabel era español, claro, y tenía todo el aspecto de andaluz, tenía el pelo corvino y una nariz afilada, como la tienen los gitanos o los judíos españoles. Él a las chicas portuguesas las llamaba «cucarachitas», y el escritor cogió la ocasión al vuelo para conducir la conversación hacia Mario Sá-Carneiro, que definía a los burgueses como cucarachas, mejor dicho, como lepidópteros. De modo que la velada

desembocó en una conversación sobre el lepidopterismo, y cada redactor de la revista encontró una categoría diferente para el lepidóptero. Escuchar los partidos de fútbol por la radio era lepidóptero, ir a la playa los domingos era lepidóptero, comer bacalao era lepidóptero, confesarse era lepidóptero, vestir de oscuro era lepidóptero, levantarse pronto era lepidóptero, cenar en los restaurantes caros era lepidóptero, llevar un diario era lepidóptero. Y así seguimos. Fue la velada del lepidopterismo. Cuando nos fuimos, Isabel me preguntó quién de nosotras era más lepidóptero. Contesté de inmediato que era yo. Porque era verdad. Yo era la más burguesa, la más unida a las costumbres y a la tradición. Isabel por aquel entonces ya había emprendido su propio camino, se había vuelto casi extranjera, ya no la reconocía, se había vuelto casi extranjera también para mí, tal vez no tuviéramos ya nada que decirnos.

Y de hecho no fue ella quien me habló de aquella historia que estaba viviendo, como ya le he dicho me llegaron algunas voces que circulaban por la universidad. En mi opinión, era todo una patraña, las malas lenguas siempre han existido, pero en aquellos años tremendos circulaban con mayor ferocidad. Parece ser que el estudiante español era amigo de un escritor polaco, y se lo presentó a Isabel. Nació una amistad. Era una amistad a tres bandas, pero en mi opinión no fue más allá de la amistad, en resumidas cuentas: picnics en Ericeira, domingos en ferry por el Tajo

procurando no ser lepidópteros y cosas parecidas. Yo creo que Isabel lo hacía precisamente para no ser lepidóptera, para mostrarse como la mujer libre que quería ser y que tal vez no fuera, quién sabe. En todo caso, en la universidad me llegaron voces de que había tenido ciertas complicaciones, o eso parecía. Digo que parecía porque no lo sé con certeza, me lo susurró una vez una estudiante que la conocía poco, era una comunista a la que Isabel veía probablemente para no sentirse lepidóptera, una pequeña fanática y por si fuera poco moralista, como lo eran los comunistas en aquella época, y me dijo: Isabel está embarazada, o eso parece, aunque no se sabe si del español o del polaco. Y luego me dio a entender que Isabel se había unido al partido comunista, por eso ya no se la veía por ahí, llevaba una vida semiclandestina porque escribía en el *Avante* con un seudónimo, Magda, me parece, o algo parecido. Pero ¿de qué puede escribir Isabel en el periódico del partido comunista?, pregunté yo, ¿qué puede escribir con la infancia que ha tenido, con sus orígenes, con la vida que ha llevado siempre? Escribe llamamientos a la juventud democrática, me contestó aquella idiota, se ha convertido en la mayor ideóloga de nuestro periódico, sus artículos son latigazos, invocaciones, mítines, esa amiga tuya es la mejor, por más que ahora ande metida en líos. Pero yo a Isabel la había perdido de vista.

Quien me daba noticias suyas de vez en cuando era aquella comunista que luego se fue a Angola para

luchar a favor de los movimientos de liberación y de la que no volvió a saberse nada, anda y que la zurzan, ni siquiera me acuerdo ya de cómo se llamaba, se llamaba Fátima, me parece, y me dijo: sabes, Isabel ha decidido abortar, la han abandonado todos, excepto su tata y nosotros, sus compañeros, pero su tata no sabe nada de este horrendo asunto. Y yo le dije: amiga mía, me pareces un poco tonta, a Isabel la conozco mejor que tú, estas historias que me cuentas parecen salidas de la clandestinidad en la que vives, mira que Isabel carece de espíritu de clandestinidad, todas sus cosas las ha hecho siempre a la luz del día, vete a tomar viento, tú y tu partido. A Isabel no volví a verla nunca más.

A la que volví a ver, en cambio, algún tiempo después, fue a aquella comunista, quien me dijo: Isabel ha caído en una depresión, parece que sus problemas le han provocado una depresión, no consigo hablar con ella, parece que se ha ido a vivir a una pequeña ciudad del Norte, ¿no sabrás tú cómo encontrarla? Yo la busqué llamando por teléfono a Amarante, pero me contestó la tata, Isabel no estaba, no sabía dónde se hallaba, y luego me dijo: Mónica, querida Mónica, si logra saber algo de Isabel hágame saber, estoy muy preocupada, quería llamar a la policía pero me han telefoneado unos amigos suyos, desconocidos para mí, que me han dicho que no llame a la policía aunque ella no dé señales de vida, parece ser que es cuestión de vida o muerte, estoy

muy angustiada, quiero hablar con mi Isabel, no sé dónde está, ni qué hace, me siento desfallecer. Yo también me sentí desfallecer tras hacer aquella llamada. ¿Qué le estaba ocurriendo a Isabel? ¿Dónde había ido a parar? ¿Por qué no daba señales de vida? Y además: ¿sería verdad esa historia que me había contado la comunista? Porque si era verdad, Isabel necesitaba a alguien que la ayudara, que le hiciera compañía, que le dijera palabras de consuelo. Y yo era la única en condiciones de hacerlo, era su vieja amiga, la de verdad, la que la conocía desde los tiempos de la infancia, ¿sería posible que se hubiera olvidado de todo, de la amistad, de los veranos en Amarante, de las ranas?

Fue así como me decidí a intentar encontrarla. Entré en contacto con un compañero de la comunista, que entre tanto se había marchado a África. Era un jovencuelo medio calvo, un estudiante repetidor que no iba nunca a clase pero que frecuentaba asiduamente el comedor universitario. Se dedicaba a la actividad clandestina, era tan evidente que me sorprendió que la policía política aún no le hubiera localizado. Pero la policía política, que parecía tan informada, también era estúpida, se mostraba incapaz de controlar la universidad, de modo que el calvito se les escabullía. Un día lo bloqueé en el comedor universitario. Me puse detrás de él y le dije como si hablara al aire: soy una amiga de Isabel, quiero saber qué ha sido de ella. Estábamos cogiendo los platos

del autoservicio para ponerlos en la bandeja y él no se alteró, se veía que era un tipo acostumbrado a la clandestinidad, se dirigió a la mujer que servía en el mostrador y dijo: el bacalao no me inspira, deme esa merluza a las hierbas, y luego continuó como si hablara con la camarera: Isabel tiene problemas psicológicos, está en un lugar secreto, no puedo facilitarte su contacto, lo siento. Que te jodan, le contesté yo cogiendo el plato. Y ésa fue la última vez que oí a alguien hablar de Isabel. Porque una semana más tarde apareció publicado el anuncio en el *Diário de Notícias*, el periódico de la mañana con más lectores. Decía: los amigos de Isabel Queiroz do Monte participan que ha sido voluntad de Dios llamar ante su divina presencia a su dilecta hija Isabel, en cuya memoria se celebrará la misa del séptimo día mañana, 18 de abril, en la iglesia de la Encarnação, en Cascais, a las once horas.

Al día siguiente fui a Cascais. Era una jornada magnífica. Recorrí a pie toda la bahía y me detuve en un café. Había llegado con tiempo y me tocaba esperar un poco, la bahía estaba repleta de barcas a vela preparadas para la regata, recorrí toda la ensenada del mar, me fumé un cigarrillo, pensé en Isabel, me preparé espiritualmente y llegué a la Encarnação, que es una pequeña iglesia desde la que se domina el más hermoso panorama de Cascais. Delante de la iglesia había un pescadero con su carretilla, que vendía marisco. Compré un poco y me puse a comerlo,

sentada en un banquito de piedra, esperando. A las once menos cuarto me percaté de que aún no había aparecido nadie. Esperé un poco más tomándome mi marisco y luego entré en la iglesia. La Encarnação, más que una iglesia, es una capilla de marineros. Hay exvotos antiguos y el púlpito está presidido por una Virgen que un marinero de tiempos pasados pintó en uno de sus viajes. Me acomodé sobre un reclinatorio y esperé.

A las once llegó el vicario acompañado de dos monaguillos y antes de celebrar la misa me especificó a mí sola: ésta es la misa del séptimo día por nuestra querida hermana Isabel, a quien Nuestro Señor ha llamado a su lado. Después de la misa me reuní con él en la sacristía. Padre, dije, soy una vieja amiga de Isabel, quisiera saber cómo ha muerto. Él me miró con grandes ojos de asombro y contestó: ni yo mismo lo sé, tan sólo he recibido el encargo de celebrar la misa del séptimo día, pero no sé cómo ha muerto. ¿Y no sabe dónde está enterrada?, le pregunté yo, ¿ni quiénes son esos amigos suyos? Tampoco lo sé, dijo él, no lo sé, de verdad. ¿Pero usted conocía a Isabel?, le pregunté. Claro que la conocía, contestó, la conocí de niña, y luego, en los últimos tiempos, solía venir a confesarse. ¿Y qué es lo que le decía?, pregunté yo. Eso no puedo decírtelo, hija mía, me contestó, es secreto de confesión. ¿Pero no sabe usted cómo ha muerto ni dónde se encuentra su cuerpo?, le pregunté. Él se quitó la estola y me miró con aire desolado.

No lo sé, contestó, no sé nada, me han dicho que ha muerto y yo he creído que era así, me han telefoneado unos compañeros suyos de la universidad y me han pagado el óbolo por la misa del séptimo día, sin embargo yo no he visto a Isabel muerta ni sé dónde está enterrada, no sé por qué me lo preguntas, dado que sus amigos lo saben, ¿no dices que eres amiga suya? Lo soy, contesté, pero últimamente ella tenía contactos con amigos que llevan una vida muy poco clara, padre, ya sabe usted cómo están las cosas en este país, no he conseguido saber nada.

Salí a la bahía de Cascais. Había pasado el mediodía y abril resplandecía. Me detuve en un restaurante y ordené un pescado a la plancha. El camarero me trajo el pescado y me preguntó si quería hacer una excursión turística hasta la Boca do Inferno. Contesté que no me gustaban las excursiones turísticas. De Isabel no he vuelto a saber nada más. Corrieron voces de que se había suicidado, pero no eran voces dignas de crédito, pertenecían a personas que en la universidad no sabían más que yo. El calvito desapareció, y la comunista, como ya le he dicho, se había marchado a Angola. La única persona que tal vez pueda decirle algo más, si es que aún está viva, es su tata, Brígida Teixeira, a la que llamaba Bi, probablemente siga viviendo en la vieja dirección, en Travessa da Palmeira, el número no lo conozco, pero cualquiera en la calle podrá indicárselo. Repito, si aún está viva. Yo no tengo más que decirle.